

se aplaudía haber conquistado aún un poco más de terreno. Así, durante algún tiempo abusó de los derechos de usufructo que tan difícilmente le habían sido otorgados. Más niño de lo que lo había sido siempre, este hombre se entregaba á todas las niñerías que hacen del primer amor la flor de la vida. Se empequeñecía esparciendo su alma y todas las fuerzas que le comunicaba su pasión por las manos de aquella mujer, por sus cabellos rubios cuyos bucles besaba, por aquella frente deslumbradora que él veía pura. Inundada de amor, vencida por los efluvios magnéticos de un sentimiento tan ardiente, la duquesa dudaba en hacer aparecer la disputa que debía separarlos para siempre. Era más mujer de lo que creía aquella raquítica criatura al intentar conciliar las exigencias de la religión con las vivas emociones de la vanidad, con los aparentes placeres por los que se vuelven locas las parisienses. Todos los domingos oía misa, no faltaba á ningún oficio; después, por la noche, se entregaba á las embriagadoras voluptuosidades que procuran los deseos reprimidos sin cesar. Armando y Antonieta se parecían á esos faquires de las Indias que son recompensados de castidad por las tentaciones que ésta les proporciona. Acaso también la duquesa había acabado tal vez por resolver el amor en caricias paternales, que sin duda hubieran parecido inocentes á todo el mundo, pero á las cuales prestaban excesivas depravaciones los atrevimientos del pensamiento. ¿Cómo explicar de otro modo el misterio incomprensible de aquellas continuas fluctuaciones? Todas las mañanas se proponía cerrar la puerta al marqués de Montriveau; después, todas las noches, á la hora indicada, se dejaba conmovir por él después de una débil defensa, se hacía menos mala; su conversación se tornaba dulce, untuosa, únicamente dos amantes podrían ser así. La duquesa desplegaba su ingenio más chispeante, sus coquetterías más atrayentes; después, cuando había irritado el alma y los sentidos de su amante, si éste la cogía, quería dejarse quebrar y torcer por él, pero tenía su *non plus ultra* de pasión; y cuando llegaba á aquel punto, se enfadaba si, dominado por su ardor, hacía cara de querer franquear las barreras. Ninguna mujer se atreve á negarse al amor sin motivo, nada es más natural que ceder á él, por ello la señora de Langeais se rodeó enseguida de una segunda línea de fortificación más difícil de ganar que la primera. Evocó

los terrores de la religión. Jamás Padre de la Iglesia defendió más elocuentemente la causa de su Dios; jamás la venganza del Muy Alto fué mejor justificada que por boca de la duquesa. No empleaba ni frases de sermón, ni ampliaciones de retórica. No tenía su plato propio. A la más ardiente súplica de Armando, respondía con una mirada humedecida por las lágrimas, con un gesto que expresaba una horrible plenitud de sentimientos; le hacía callar pidiéndole perdón; no quería oír ni una palabra más, pues sucumbiría, y la muerte le parecía preferible á una felicidad criminal.

—¿No es, pues, nada desobedecer á Dios? le decía encontrando una voz debilitada por combates militares sobre los cuales aquella bonita comedianta parecía ejercer difícilmente un imperio pasajero. Los hombres, la tierra entera se los sacrificaría voluntariamente, pero es usted muy egoísta pidiéndome todo mi porvenir por un momento de placer. Vamos á ver, ¿no es usted feliz? añadía tendiéndole la mano y mostrándose á él con un desaliño que ciertamente ofrecía á su amante consuelos con los que se pagaba siempre.

Si para retener á un hombre cuyo ardiente porvenir la procuraba emociones desusadas, si por debilidad, se dejaba robar algún beso rápido, enseguida fingía miedo, enrojecía y arrojaba á Armando de su sofá en el momento en que el canapé se convertía en peligroso para ella.

—Armando, sus placeres son pecados que yo expío; me cuestan penitencias y remordimientos, exclamaba.

Cuando Montriveau se veía á dos sillas de distancia de aquella falda aristocrática, empezaba á blasfemar y murmuraba de Dios. Entonces la duquesa se enfadaba.

—Pero, amigo mío, le decía secamente, no comprendo por qué se niega usted á creer en Dios, pues es imposible creer en los hombres. Cállese usted, no hable de ese modo, tiene usted una alma demasiado grande para participar de las estupideces del liberalismo, que tiene la pretensión de matar á Dios.

Las discusiones teológicas y políticas le servían de duchas para calmar á Montriveau, que no sabía volver al amor cuando ella excitaba su cólera arrojándole á mil leguas de aquel gabinete en las tierras del absolutismo que ella defendía á las mil maravillas. Pocas mujeres se atreven á ser demócratas, pues están entonces en dema-

siada contradicción con su despotismo en cuestiones de sentimientos. Pero frecuentemente también el general sacudía su cabellera, dejaba la política, rugía como un león, batía los flancos, se lanzaba sobre su presa y volvía terrible de amor hacia su querida, incapaz de llevar largo tiempo su corazón y su pensamiento en oposición. Si aquella mujer se sentía picada por un capricho bastante incitante para comprometerla, sabía entonces salir de su gabinete, abandonaba el aire cargado de deseos que respiraba en él, iba al salón, se ponía al piano, cantaba los aires más deliciosos de la música moderna, y triunfaba de este modo el amor de los sentidos, que algunas veces no la socorría, pero que ella tenía la fuerza de vencer. En aquellos momentos estaba sublime á los ojos de Armando: no fingía, estaba verdaderamente tal cual era, y el pobre amante se creía amado. Aquella resistencia egoísta la hacía pasar por una santa y virtuosa criatura, y él se resignaba, la hablaba del amor platónico el general de artillería. Cuando hubo jugado bastante con la religión en su interés personal, la duquesa de Langeais jugó con la de Armando: quiso conducirlo á los sentimientos cristianos y le rehizo el Génió del cristianismo á uso de los militares. Montriveau se impacientó y encontró su yugo pesado. ¡Oh! entonces, por espíritu de contradicción, lo mareó hablándole de Dios para ver si Dios la desembarazaría de un hombre que iba á su objeto con una constancia que empezaba á asutarla. Por otra parte, se recreaba en prolongar toda disputa que parecía eternizar la lucha moral, á la cual se siguió una lucha material diferentemente peligrosa.

Pero si la oposición hecha en nombre de las leyes del matrimonio presenta la *época civil* de aquella guerra sentimental, la otra constituiría la *época religiosa*, y tuvo, como la precedente, una crisis después de la cual su rigor debía disminuir. Una noche, Armando, que había ido furtivamente muy temprano, encontró al abate Gondrand, director espiritual de la señora de Langeais, arrellenado en un sofá en el rincón de la chimenea, como hombre dispuesto á digerir su comida y los bonitos pecados de su penitencia.

La vista de aquel hombre de color fresco y reposado, frente tranquila, boca ascética, mirada maliciosamente inquisitorial y que tenía en su actitud una verdadera nobleza

eclesiástica y en su vestido el morado episcopal, entristeció singularmente el rostro de Montriveau, que no saludó á nadie y permaneció silencioso. Fuera de su amor, el general no carecía de tacto; adivinó, pues, al cambiar algunas palabras con el futuro obispo, que aquel hombre era el promovedor de las dificultades con que se armaba contra él el amor de la duquesa. ¿Que un sacerdote jugase y retuviese la felicidad de un hombre templado como lo era Montriveau? este pensamiento brotó en su rostro, crispó sus dedos é hizo que se levantase, pasease y patalease; después, cuando volvía á su sitio, con intención de estallar, una sola mirada de la duquesa bastaba para calmarle. La señora de Langeais, ni pizca embarazada por el sombrío silencio de su amante, por el cual, cualquiera otra mujer se hubiese sentido molestada, continuaba conversando muy espiritualmente con el señor Gondrand acerca la necesidad de restablecer la religión en su antiguo esplendor. Expresó mucho mejor que lo hacía el abate por qué la Iglesia debía ser un poder espiritual y temporal á la vez, y sentía que la cámara de París no tuviese aún su *banco de obispos*, como la cámara de los lores tenía el suyo. No obstante, el abate, sabiendo que la cuaresma le permitía tomar la revancha, cedió el sitio al general y salió. Apenas se levantó la duquesa para devolver á su director la humilde reverencia que había recibido, tan intrigada estava por la actitud de Montriveau.

—¿Qué tiene usted, amigo mío?

—Se me ha indigestado su abate.

—¿Por qué no cogía usted un libro? le dijo sin preocuparse de ser ó no oída por el abate, que cerraba la puerta.

Montriveau permaneció mudo durante un momento, pues la duquesa acompañó aquellas palabras de un gesto que revelaba una profunda importancia.

—Querida Antonieta, le doy las gracias por ceder al amor la preferencia antes que á la Iglesia; pero le pido de antemano perdón por una pregunta que voy á hacerle.

—¡Ah! ¿me interroga usted? Ya me gusta, repuso. ¿No es usted mi amigo? ciertamente puedo mostrarle el fondo de mi corazón, no verá usted en él más que una imagen.

—¿Le habla usted á ese hombre de nuestro amor?

—Es mi confesor.

—¿Sabe que yo la amo?

—Señor de Montriveau, creo que no pretenderá usted penetrar los secretos de mi confesión.

—De modo que ese hombre conoce todas nuestras disputas y el amor que siento por usted.

—¡Un hombre, señor! Diga Dios.

—¡Dios! ¡Dios! yo debo ser el único en su corazón. Pero deje á Dios tranquilo donde está, por amor suyo y mío. Señora, no se confesará usted más, ó....

—¿O...? dijo ella sonriendo.

—O no vendré más.

—Váyase, Armando. Adiós, adiós para siempre.

Y se levantó y se fué á su gabinete, sin dirigir ni una mirada á Montriveau, que permaneció de pie, con la mano apoyada en una silla. ¿Cuánto tiempo permaneció de aquel modo? jamás lo supo ni él mismo. El alma tiene el poder desconocido de ensanchar ó de estrechar el espacio. Abrió la puerta del gabinete, y lo encontró obscuro. Una voz débil se tornó fuerte para decir ágridamente:

—No he llamado. Por otra parte, ¿por qué entra sin pedir permiso? Susana, déjeme.

—¿Sufres, pues? exclamó Montriveau.

—Levántese usted, señor, repuso llamando; y salga de aquí, al menos por un momento.

—La señora duquesa pide luz, dijo Montriveau al ayuda de cámara, que fué al gabinete á encender las bujías.

Cuando los dos amantes quedaron solos, la señora de Langeais permaneció acostada en su sofá, y muda é inmóvil como si Montriveau no hubiese estado allí.

—Querida mía, le dijo con un acento de dolor y de bondad sublime, tengo culpa. Ciertamente que no te querría sin religión.

Aquí el general, abatido por la inclemencia de aquella mujer que sabía convertirse para él á voluntad en una extraña ó en una hermosura, dió un paso desesperado hacia la puerta, é iba á abandonarla para siempre sin decirle una sola palabra. Sufria y la duquesa se reía interiormente de los sufrimientos causados por una tortura moral mucho más cruel de lo que lo era antaño la tortura judicial. Pero aquel hombre no era dueño de irse. En toda suerte de crisis, una mujer tiene en cierto modo á su favor una cierta cantidad de palabras; y cuando no las ha dicho, experimenta la sensación que produce la vista de una cosa incompleta. La se-

ñora de Langeais, que no lo había dicho todo, reanudó la palabra.

—No tenemos las mismas convicciones, general, y estoy apenada por ello. Sería horrible para la mujer no creer en una religión que permite amar más allá de la tumba. Pongo aparte los sentimientos cristianos; usted no los comprende. Déjeme hablarle únicamente de las consecuencias. ¿Quiere usted prohibir á una mujer de la corte la *mesa santa* en vísperas de Pascua? es preciso saber hacer algo para su partido. Los liberales no matarán, á pesar de su deseo, el sentimiento religioso. La religión será siempre una necesidad religiosa. ¿Se encargaría usted de gobernar á un pueblo de razonadores? Napoleón no se atrevía á ello, persiguió á los ideólogos. Para impedir á los pueblos que razonen, es preciso imponerles sentimientos. Aceptemos, pues, la religión católica con todas sus consecuencias. Si queremos que Francia vaya á misa, ¿no debemos empezar por ir nosotros mismos? Armando, la religión es, ya la vé usted, el lazo de los principios conservadores que permiten á los ricos vivir tranquilos. La religión está íntimamente ligada á la propiedad. Ciertamente que es más hermoso conducir á los pueblos con ideas morales que con cadalsos; como en tiempo del Terror, único medio que vuestra detestable revolución inventó para hacerse obedecer. El sacerdote y el rey, lo somos usted y yo, lo es mi vecina la princesa; lo son, en una palabra, todos los intereses de las gentes honradas personificadas. Vamos, amigo mío, dignese ser de mi partido, usted que podría llegar á ser un Sila, si tuviese la menor ambición. Yo desconozco la política, razono por sentimiento; pero sé sin embargo lo bastante para adivinar que la sociedad sería destruida si á cada momento se discutiesen sus voces....

—Si su corte y su gobierno piensan de ese modo, me dan ustedes lástima, dijo Montriveau. La Restauración, señora, debe decirse como Catalina de Médicis, cuando creyó perdida la batalla de Dreux: ¡Pues bien, iremos al sermón! Ahora bien, 1815 es nuestra batalla de Dreux. Como el trono de aquel tiempo, lo han ganado ustedes en hecho, pero perdido en derecho. El protestantismo político está victorioso en los espíritus. Si no quieren ustedes hacer un edicto de Nantes, ó sí, haciéndolo, lo reconocen; si están convictos y confesos de no querer ya nada de la Charte,

que no es más que una prenda dada para sostener los intereses revolucionarios, la revolución se levantará terrible y no les dará más que un solo golpe; y no es ella la que saldrá de Francia, pues tiene raíces en su suelo. Los hombres se dejan matar, pero no los intereses... ¡Eh! Dios mío ¿qué nos importa la Francia, el trono, la legitimidad, el mundo entero? Son quimeras al lado de mi felicidad. Que reinen ustedes ó que sean derribados, poco me importa. ¿Dónde estoy, pues?

—Amigo mío, está usted en el gabinete de la duquesa de Langeais.

—No, no, nada de duquesa, nada de Langeais, estoy al lado de mi querida Antonieta.

—¡Quiere usted hacerme el favor de permanecer donde está, dijo ella riendo y rechazándole, pero sin violencia.

—¿No me ha amado usted, pues, nunca? dijo Armando con una rabia que brotó de sus ojos.

—No, amigo mío.

Aquel no, valía por un sí.

—Soy un estúpido, repuso besando la mano de aquella terrible reina convertida en mujer. Antonieta, repuso apoyando su cabeza en sus pies, eres demasiado castamente tierna para decir nuestras felicidades á quien quiera que sea del mundo.

—¡Ah! es usted un loco rematado, dijo ella levantándose con un movimiento gracioso, aunque vivo.

Y sin añadir una palabra más partió sonriendo al salón.

—¿Qué tiene? se preguntó el general que no sabía adivinar el poder de las conmociones que su abrasada cabeza había comunicado eléctricamente de pies á cabeza á su querida.

En el momento en que llegaba furioso al salón, oyo celestiales acordes. La duquesa estaba sentada al piano. Los hombres de ciencia ó de poesía que pueden á la vez comprender y gozar sin que la reflexión dañe sus placeres, sienten que el alfabeto y la frenología musical son los sentimientos íntimos del músico, como la madera ó el cobre son los del ejecutante. Para ellos, existe una música aparte en el fondo de la doble expresión de ese lenguaje musical de las almas. *Andiamo mio ben* puede arrancar lágrimas de alegría ó hacer reír de lástima, según la cantante. Frecuentemente, aquí y allá, en el mundo, una joven expirando

bajo el peso de una pena desconocida, un hombre cuya alma vibra bajo el peso de una pasión, toman un tema musical y se entienden con el cielo ó se hablan á ellos mismos en alguna sublime melodía, especie de poema perdido. Ahora bien, el general era en aquel momento una de esas poesías desconocidas como pueda serlo la queja solitaria de un pájaro muerto sin compañía en un bosque virgen.

—¡Dios mío! ¿qué toca usted? dijo con voz conmovida.

—El preludio de una romanza, llamada, según creo, *Rio del Tage*.

—No sabía lo que podía dar de sí la música de piano, repuso.

—¡Eh! amigo mío, le dijo dirigiéndole por primera vez una mirada de mujer enamorada, tampoco sabe usted que yo le amo, que me hace usted sufrir horriblemente, y que es preciso que me queje sin darlo á comprender mucho; de otro modo, sería suya... Pero usted está ciego.

—¡Y usted no quiere hacerme feliz!

—Armando, moriría de dolor al día siguiente.

El general salió bruscamente; pero cuando se vió en la calle, enjugó dos lágrimas que había tenido fuerza para contener hasta entonces.

La religión duró tres meses. Uaa vez expirado este plazo, la duquesa, aburrida de sus dimes y diretes, entregó Dios atado de pies y manos á su amante. Tal vez temía, á fuerza de hablar de eternidad, perpetuar el amor del general en este mundo y en el otro. Para honra de esta mujer, es necesario creerla virgen, hasta de corazón; de otro modo, sería muy horrible. Muy lejos aun de esa edad donde mutuamente el hombre y la mujer se encuentran demasiado cerca del porvenir para perder el tiempo y escatimarse sus placeres, ella estaba, sin duda, no en su primer amor, sino en sus primeros placeres. Por falta de poder comparar el bien ó el mal, por falta de sufrimientos que la hubiesen enseñado el valor de los tesoros arrojados á sus pies, jugaba con ellos. No conociendo las deslumbradoras delicias de la luz, se complacía en permanecer en las tinieblas. Armando, que empezaba á entrever aquella bizarra situación, esperaba la primera palabra de la naturaleza. Todas las noches, al salir de casa de la duquesa de Langeais, juraba que una mujer no aceptaba durante siete meses los cuidados de un hombre y las pruebas más tiernas y más delicadas de amor,

y que no se abandonaba á las exigencias superficiales de una pasión para engañarla en un momento, y esperaba pacientemente la estación del sol, no dudando que recogería los frutos primicios. Había concebido perfectamente los escrúpulos de la mujer casada y los escrúpulos religiosos. Hasta le alegraban aquellos combates. Encontraba á la duquesa púdica allí donde sólo era horriblemente coqueta; y no la hubiese querido de otro modo. Le gustaba verla inventar obstáculos; ¿no triunfaba de ellos gradualmente? Y cada triunfo, ¿no aumentaba la débil suma de las intimidaciones amorosas largo tiempo prohibidas y después concedidas por ella con todas las apariencias del amor? Pero había probado tan bien las menudas y progresivas conquistas con que se alimentan los amantes tímidos, que se habían convertido en costumbres para él. Tratándose de obstáculos, tenía que vencer sus propios terrores; pues no veía ya otro impedimento á su felicidad que los caprichos de aquélla que se dejaba llamar *Antonieta*. Resolvió entonces querer más, quererlo todo. Apurado como un amante joven aún, que no se atreve á creer en el rebajamiento de su ídolo, dudó largo tiempo, y conoció esas terribles reacciones del corazón, esas voluntades bien retenidas que una palabra anonada, esas decisiones tomadas que expiran en el umbral de una puerta. Se despreciaba por no tener la fuerza de decir una palabra, y no la decía. No obstante, una noche procedió con sombría melancolía á la demanda huraña de sus derechos ilegalmente legítimos. La duquesa no tuvo que oír la instancia de su esclavo para adivinar su deseo. ¿Está nunca secreto el deseo de un hombre? ¿las mujeres no tienen toda la ciencia infusa de ciertos trastornos de fisonomía?

—¿Cómo! ¿quiere usted dejar de ser mi amigo? dijo ella interrumpiéndole á la primera palabra y dirigiéndole miradas embellecidas por un divino rubor que corrió como sangre nueva por su tez diáfana. Para recompensarme mis generosidades, quiere usted deshonrarme. Reflexione, pues, un poco. Yo he reflexionado mucho, pienso siempre en *nosotros*. Existe una honradez de mujer á la cual no debemos faltar, como ustedes no deben faltar al honor. Yo no sé engañar. Si soy de usted, no podré ser de ninguna manera la mujer del señor de Langeais. Exige usted, pues, el sacrificio de mi posición, de mi rango, de mi vida, por un amor dudoso que no tiene siete meses de paciencia. ¡Cómo! ¿quiere

usted ya quitarme la libre disposición de mí misma? No, no, no me hable más así. No, no me diga nada. No quiero, no puedo oírle.

Llegando aquí, la señora de Langeais cogió su cabellera con las dos manos para echarse hacia atrás los bucles que le calentaban la frente, y pareció muy animada.

—Viene usted á casa de una débil criatura con cálculos bien hechos, diciéndose: Me hablará de su marido durante cierto tiempo, después de Dios; después, de las consecuencias inevitables del amor; pero yo usaré, abusaré de la influencia de haber conquistado; me haré necesario; tendré para mí los lazos de la costumbre, los arreglos hechos para el público; en fin, cuando el mundo haya acabado por aceptar nuestra unión, seré el dueño de esta mujer. Sea usted franco, esos son sus pensamientos... ¡Ah! calcula usted, y dice que ama, ¡vamos! Está usted enamorado, ¡ah! lo creo. Me desea usted y quiere tenerme por querida, eso es todo. Pues bien, no, la *duquesa de Langeais* no descenderá hasta ahí. ¡Cuántas inocentes burguesas son víctimas de las falsedades de ustedes! pero yo no lo seré nunca. Nada me asegura su amor. Me habla usted de mi belleza, y puedo convertirme en fea de aquí á seis meses, como mi querida princesa la vecina. Está usted encantado de mi gracia, de mi ingenio; Dios mío, ya se acostumbrará usted á ello como se acostumbraría usted al placer. ¿No se ha acostumbrado desde hace algunos meses á los favores que he tenido la debilidad de concederle? Cuando esté perdida, un día no me dará usted otra razón de su cambio que esta palabra decisiva: Ya no amo. Rango, fortuna, honor, toda la duquesa de Langeais se hundiría en una esperanza engañada. Tendré hijos que atestiguarán mi vergüenza, y... pero, repuso dejando escapar un gesto de impaciencia, soy demasiado buena explicándole lo que usted sabe mejor que yo. Vamos, detengámonos ahí. Me creo feliz pudiendo cortar aún los lazos que usted cree tan fuertes. ¿Hay, pues, algo de heroico en venir todas las noches al palacio de Langeais á pasar algunos instantes al lado de una mujer cuya charla le agrada y con la cual se divierte usted como si fuese un juguete? Muchos jóvenes fátuos vienen á mi casa, de tres á cinco de la tarde, tan regularmente como viene usted por la noche. Esos son, pues, muy generosos. Yo me burlo de ellos, soportan bastante tranquilamente mis enfados, mis impertinencias,

y me hacen reír; mientras que usted, á quien concedo los más ricos tesoros de mi alma, quiere perderme y me causa mil enfados. Cállese, basta, basta, dijo al verle dispuesto á hablar, no tiene usted ni corazón, ni alma, ni delicadeza. Ya sé lo que quiere usted decirme. Pues bien, sí. Prefiero pasar á sus ojos por una mujer fría, insensible, sin abnegación, por una mujer ordinaria, antes que ser condenada á penas eternas después de haber sido condenada á sus pretendidos placeres, que le cansarán ciertamente. Su amor egoísta no vale tantos sacrificios....

Estas palabras representan imperfectamente las que tateó la duquesa con la viva prolijidad de un organillo para enseñar á los canarios. Ciertamente que hubiera podido hablar largo rato, porque el pobre Armando sólo oponía por toda respuesta á aquel torrente de notas melifluas un silencio lleno de sentimientos horribles. Por primera vez, entreveía la coquetería de aquella mujer, y adivinaba instintivamente que el amor abnegado, el amor participado no calculaba, no razonaba de aquel modo en una mujer verdadera. Además, experimentaba una especie de vergüenza al acordarse de haber hecho involuntariamente los cálculos cuyos odiosos pensamientos le eran reprochados. Después, examinándose con buena fe completamente angélica, sólo encontraba egoísmo en sus palabras, en sus ideas y en sus respuestas concebidas y no expresadas. Se dió la culpa, y en su desesperación, tuvo ganas de arrojarse por la ventana. El yo le molestaba. ¿Qué decir, en efecto, á una mujer que no creía en el amor? «Déjeme probarle cuanto la amo yo.» Siempre el yo. Montriveau no sabía, como en semejantes circunstancias lo saben los héroes de gabinete, imitar al rudo lógico conmovido ante los pirrónicos, que negaban el movimiento. A aquel hombre audaz le faltaba precisamente la audacia habitual de los amantes que conocen las fórmulas de la álgebra femenina. Si tantas mujeres, y hasta las más virtuosas, son presa de las gentes hábiles en amor, á las cuales el vulgo da un mal nombre, tal vez es porque son grandes *probadoras*, y que el amor quiere, á pesar de su deliciosa poesía de sentimiento, un poco más de geometría de lo que se cree. Ahora bien, la duquesa y Montriveau se parecían en ese punto porque eran igualmente inexpertos en amor. Ella conocía muy poco la teoría, ignoraba la práctica, no sentía nada y lo reflexionaba todo. Montriveau co-

no sabía poco la práctica, ignoraba la teoría, y sentía demasiado para reflexionar. Ambos sufrían, pues, la desgracia de aquella situación bizarra. En aquel momento supremo, sus millares de pensamientos podían reducirse á este: «Déjese poseer». Frase horriblemente egoísta para una mujer á la que aquellas palabras no le traían ningún recuerdo y no le revelaban ninguna imagen. No obstante, no pensó responder. Aunque tuviese la sangre fustigada por aquellas frasecitas en forma de flechas, muy agudas, muy frías, muy aceradas, disparadas golpe á golpe, Montriveau tenía también que ocultar su rabia para no perderlo todo por una extravagancia.

—Señora duquesa, estoy desesperado porque Dios no ha inventado para la mujer otra manera de confirmar el don de su corazón más que añadiendo el de su persona. El alto precio que pone usted misma á su persona me demuestra que yo no debo poner menos. Si usted me da su alma y todos sus sentimientos, como usted me dice, ¿qué me importa lo demás? Por otra parte, si mi felicidad es para usted un sacrificio penoso, no hablemos más de ello. Únicamente, que perdonará usted á un hombre de corazón al encontrarse humillado, al verse tomado por un sabueso.

El tono de esta última frase hubiera asustado tal vez á otras mujeres; pero cuando unas faldas se han colocado por encima de todo dejándose divinizar, ningún poder de aquí abajo es tan orgulloso como ella sabe ser orgullosa.

—Señor marqués, estoy desesperada porque Dios no ha inventado para el hombre una manera más noble de confirmar el don de su corazón que la manifestación de deseos pródigamente vulgares. Si al dar nuestra persona nos convertimos en esclavos, un hombre no se compromete á nada aceptándonos. ¿Quién me asegurará que seré amada siempre? El amor que yo desplegaría en todos los momentos para ligarle mejor á mí, sería tal vez una razón para ser abandonada. No quiero hacer una segunda edición de la señora de Beausseant. ¿Sabe una jamás lo que les retiene á nuestro lado? Nuestra constante frialdad es el secreto de la constante pasión de algunos de ustedes; otros inventan una abnegación perpétua, una adoración continua; á éstos, la dulzura; á los otros, el despotismo. Ninguna mujer ha podido descifrar aún sus corazones. (Hubo una pausa, después de la cual, cambió de tono.) Finalmente, amigo

mío, ustedes no pueden evitar que una mujer se haga esta pregunta: «¿Seré siempre amada?» Por duras que sean mis palabras, son dictadas por el temor de perderle. ¡Dios mío no soy yo quien habla, querido mío, sino la razón; y ¿cómo puede ella encontrarse con una mujer tan loca como yo? En verdad no sé nada.

Oír aquella respuesta empezada con la más desgarradora ironía y terminada con los acentos más melodiosos de que se haya servido una mujer para pintar el amor con toda su ingenuidad ¿no era ir en un momento del martirio al cielo? Montriveau palideció y cayó por primera vez de rodillas ante una mujer. Besó la falda del vestido de la duquesa, sus pies, sus rodillas, pero para honra del arrabal Saint Germain, es necesario no revelar los misterios de esos gabinetes, donde se quema todo lo del amor, menos lo que podía atestiguar el amor.

—Querida Antonieta, exclamó Montriveau en el delirio en que lo sumió el entero abandono de la duquesa, que se creyó generosa dejándose adorar; sí, tienes razón, no quiero que tengas dudas. En este momento, tiemblo también de temor de ser dejado por el ángel de mi vida, y quisiera inventar para nosotros lazos indisolubles.

—¡Ah! dijo ella en voz baja, ya ves que tengo razón.

—Déjame acabar, repuso Armando, voy á disipar con una palabra todos tus temores. Escúchame, si te abandonase, merecería mil muertes. Sé completamente niña y te daré el derecho de matarme si te hiciese traición. Escribiré yo mismo una carta en la cual declaro ciertos motivos que me inducen á matarme; finalmente, pondré en ella mis últimas disposiciones. Tu poseerás un testamento que legitimará mi muerte, y podrás así vengarte sin tener nada que temer de Dios ni de los hombres.

—¿Tengo necesidad de esa carta? Si hubiese perdido todo mi amor, ¿que me importaría la vida? Si quisiese matarte, ¿no sabría seguirte? No, te agradezco la idea, pero no quiero cartas. ¿No podría creer que me eras fiel por temor, ó el peligro de una infidelidad no podría ser un atractivo para el que entrega de ese modo su vida? Armando, lo que pido es lo único difícil de hacer.

—¿Qué quieres, pues?

—Tu obediencia y mi libertad.

—Dios mío, exclamó, soy como un niño.

—Un niño voluntario y muy mimado, dijo ella acariciando la espesa cabellera de aquella cabeza que quedó entre sus rodillas. ¡Oh! sí, mucho más amado de lo que cree, y sin embargo, mucho más desobediente. ¿Por qué no permanecer así? ¿por qué no sacrificarme deseos que me ofenden? ¿por qué no aceptar lo que yo concedo, si es, todo lo que honradamente puedo otorgar? ¿No es usted feliz?

—¡Oh! sí, dijo él, soy feliz cuando no tengo dudas. Antonieta, en amor ¿dudar no es morir?

Y se mostró de pronto tal cual era y como lo son todos los hombres bajo el fuego de los deseos, elocuente, insinuante. Después de haber gustado los placeres permitidos sin duda por un secreto y jesuítico ukase, la duquesa experimentó esas emociones cerebrales cuya costumbre la había hecho necesaria el amor de Armando, tanto como lo era el gran mundo, el baile y la Ópera. Verse adorada por un hombre cuya superioridad y carácter inspiran terror; hacer de él un niño, jugar con él como Popea con Nerón, muchas mujeres, como hicieron las esposas de Enrique VIII, han pagado esa peligrosa felicidad con toda la sangre de sus venas. Pues bien, ¡presentimiento raro! abandonándole los bonitos cabellos blancamente rubios en los cuales se divertía en pasear sus dedos, sintiendo la manita de aquel hombre verdaderamente grande estrecharla, jugando ella misma con los mechones negros de su cabellera, en aquel gabinete donde reinaba, la duquesa se decía:

—Este hombre es capaz de matarme si se percibe de que me divierto con él.

El señor de Montriveau estuvo hasta las dos de la madrugada al lado de su querida, que desde aquel momento no le pareció ya ni una duquesa, ni una Navarreins; Antonieta había llevado un disfraz hasta aparecer mujer. Durante aquella deliciosa velada, el más dulce prefacio que jamás parisiense alguna se haya hecho por lo que el mundo llama una *falta*, le fué permitido al general ver en ella, á pesar de las carantoñas de un pudor fingido, todas las bellezas de los jóvenes. Pudo pensar con razón que tantas disputas caprichosas formaban velos con los cuales su alma celeste se había vestido, y que era preciso levantar uno á uno, como los con que envolvía su adorable persona. La duquesa fué para él la más cándida, la más ingénuu de las queridas, é hizo de ella la mujer elegida; se fué tan completamente

feliz de haberla conducido al fin á darle tantas pruebas de amor, que le parecía imposible no ser para ella en adelante un esposo secreto cuya elección estaba aprobada por Dios. Con este pensamiento, hecho con el candor de los que sienten todas las obligaciones del amor saboreando sus placeres, Armando volvió lentamente á su casa. Siguió los barrios, á fin de tener el mayor espacio posible de cielo, y quería alargar el firmamento y la naturaleza al encontrarse el corazón agrandado. Sus pulmones le parecían aspirar más aire que la víspera. Al andar, se interrogaba, y se prometía amar tan religiosamente que pudiese encontrar todos los días una absolución de sus faltas sociales en una constante felicidad. ¡Dulces agitaciones de una vida llena! Los hombres que tienen bastante fuerza para teñir su alma de un sentimiento único experimentan goces infinitos al contemplar la luz divina en sus éxtasis. Sin esta creencia en su perpetuidad, el amor no sería nada; la constancia lo agranda. De este modo comprendía Montriveau la pasión al irse presa de su felicidad. ¡Somos el uno para el otro para siempre! Este pensamiento era para aquel hombre un talismán que realizaba los deseos de su vida. No se preguntaba si la duquesa cambiaría, ni si aquel amor duraría; no, tenía fe, que es una de las virtudes sin la cual no hay porvenir cristiano, pero que tal vez es más necesario aun á las sociedades. Por primera vez concebía la vida por los sentimientos, él, que no había vivido aún más que por la acción más exorbitante de las fuerzas humanas, la abnegación casi corporal del soldado.

Al día siguiente, Montriveau se fué muy temprano al arrabal Saint Germain. Tenía una cita en una casa vecina á la de la duquesa de Langeais, á donde fué como á su casa cuando hubo terminado sus negocios. El general iba entonces acompañado de un hombre por el cual parecía sentir una especie de aversión cuando lo encontraba en los salones. Este hombre era el marqués de Ronquerolles, cuya reputación se hizo tan grande en los salones de París; hombre de ingenio, de talento, y valiente sobre todo y que daba tono á toda la juventud de París; un galante hombre cuyo éxito y experiencia eran igualmente envidiados, y al cual no le faltaba ni la fortuna, ni la cuna, que añaden en París tanto lustre á las cualidades de las gentes á la moda.

—¿Donde vas? dijo el señor de Ronquerolles á Armando.

—A casa de la señora de Langeais.

—¡Ah! es verdad, olvidaba que te has dejado coger en su liga. Pierdes en su casa un amor que podías emplear mucho mejor en otra parte. Tenía en la Banca para darte diez mujeres que valen mil veces más que esa cortesana con títulos, que hace con su cabeza lo que otras mujeres hacen con...

—¿Que dices, querido mío? dijo Armando interrumpiendo á Ronquerolles, la duquesa es un ángel de candor.

Ronquerolles se echó á reír.

—Puesto que estas así, querido mío, le dije, debo iluminarte ¡Una sola palabra! entre nosotros no tiene consecuencias. ¿Te pertenece la duquesa? En ese caso, no tendré nada que decir. Vamos, hazme tus confidencias. Se trata de que no pierdas el tiempo en injertar tu hermosa alma en una naturaleza ingrata que debe dejar abortar las esperanzas de tu cultura.

Cuando Armando había hecho cándidamente una especie de estado, situación en el cual mencionó minuciosamente los derechos que tan penosamente había obtenido, Ronquerolles soltó una carcajada tan cruel, que á cualquiera otro le hubiese costado la vida. Pero al ver la manera como aquellos dos seres se miraban y se hablaban solos en el ángulo de una pared, tan lejos de los hombres como hubiesen podido estarlo en un desierto, era fácil presumir que una amistad sin límites les unía y que ningún interés humano podía hacerles reñir.

—Mi querido Armando, ¿por qué no me has dicho que te enredabas con la duquesa? te hubiese dado algunos consejos para llevar por buen camino esa intriga. Sabe primero que á las mujeres de ese arrabal les gusta, como á todas las demás, bañarse en el amor; pero quieren poseer sin ser poseídas. Han transigido con la naturaleza. La jurisprudencia de la parroquia se lo ha permitido casi todo, menos el pecado positivo. Las frugalidades con que te regala la duquesa son pecados veniales que baña en las aguas de la penitencia. Pero si tuvieses la impertinencia de querer seriamente el gran pecado mortal al cual debes dar naturalmente la mayor importancia, verías con que profundo desdén te sería cerrada incontinentemente la puerta de su gabinete. Si Antonieta lo hubiese olvidado todo, serías menos cero para ella. Tus besos, querido amigo, serían

secados con la indiferencia que una mujer emplea con las cosas de su tocado. La duquesa esponjaría el amor de sus mejillas como quita de ellas el colorete. Conocemos esa especie de mujeres, la parisiense pura. ¿Has visto nunca por las calles de París á una modistilla trotando con paso menudito? su cabeza merece una descripción: bonito sombrero, mejillas frescas, cabellos coquetamente arreglados, sonrisa picaresca, lo demás apenas está cuidado. ¿No es ese el retrato? Esa es la parisiense, sabe que solo será vista su cabeza; todos los cuidados, todos los adornos, toda la vanidad está en su cabeza. Pues bien, tu duquesa es todo cabeza, solo siente de cabeza, tiene un corazón en la cabeza y una voz en la cabeza, y es sensual por la cabeza. Nosotros llamamos á esa pobre cosa una Laís intelectual. Eres burlado como un niño. Si lo dudas, tendrás la prueba esta noche, esta mañana, al instante. Sube á su casa, intenta pedirle, querer absolutamente lo que te niega, y aunque lo hagas como el difunto mariscal de Richelieu, no conseguirás nada.

Montriveau estaba atontado.

—¿La desearas hasta el punto de haberte convertido en un estúpido?

—La quería á toda costa, exclamó Montriveau desesperado.

—Pues bien, escucha. Sé tan implacable como lo será ella, procura humillarla, picar su vanidad; procura interesar no á su corazón, no á su alma, sino á los nervios y á la linfa de esa mujer nerviosa y linfática á la vez. Si puedes hacer nacer en ella un deseo, estás salvado. Pero deja tus hermosas ideas infantiles. Si, habiéndola estrechado en tus garras de águila, cedés, reculas; si una de tus pestañas se mueve, si cree poderte dominar aún, se escurrirá de tus garras como una anguila y se escaparía para no dejarse coger nunca más. Sé inflexible como la ley. No tengo más caridad que el verdugo. Golpea. Cuando hayas golpeado, golpea aún, golpea siempre, como si azotases. Las duquesas son muy duras, mi querido Armando, y esas naturalezas de mujeres sólo se ablandan á los golpes; el sufrimiento les da un corazón, y es una obra de caridad golpearlas. ¡Ah! cuando el dolor haya ablandado sus nervios y sus fibras que tú creías tiernas y blandas, golpea un corazón seco, que, á este juego, adquirirá elasticidad; cuando el cerebro haya

cedido, tal vez entrará la pasión en los resortes metálicos de esa máquina de lágrimas, de maneras, de desvanecimientos, de frases abundantes; y verás el más magnífico de los incendios, caso de que la clemencia prenda. ¡Este sistema de acero hembra tendrá la candencia del hierro en la fragua! un calor más durable que cualquiera otro, y esa incandescencia se convertirá tal vez en amor. No obstante, lo dudo mucho. Además, ¿vale la duquesa tantos trabajos? Dicho entre nosotros, tendría necesidad de ser formada de antemano por un hombre como yo, y haría de ella una mujer encantadora, pues tiene raza; mientras que vosotros dos os quedaréis en el A. B. C. del amor. Pero tú amas, y no participarás en este momento de mis ideas sobre esta materia. Mucho placer, hijos míos, añadió Ronquerolles riéndose y después de una pausa. Yo me he pronunciado en favor de las mujeres fáciles; al menos, éstas son tiernas, aman al natural, y no con los condimentos sociales. Pobre amigo mío, ¿una mujer que disputa y que sólo quiere inspirar amor? ¡eh! es preciso tener una como se tiene un caballo de lujo; ver en el combate del confesonario contra el sofá, ó de lo blanco contra lo negro, de la reina contra el loco, de escrúpulos contra el placer, una partida de ajedrez muy divertida. Un hombre que sepa el juego, aunque sea poco taimado, da *mate* en tres jugadas, á voluntad. Si yo emprendiese la conquista de una mujer de ese género, me propondría....

Dijo una palabra al oído á Montriveau y lo dejó brusca-mente para no oír la respuesta.

Respecto á Montriveau, de un salto llegó al patio del palacio de la duquesa de Langeais, subió á sus habitaciones, y sin hacerse anunciar, entró en su dormitorio.

—Eso no se hace, dijo ella cruzándose apresuradamente su peinador. Armando, es usted un hombre abominable. Vamos, dejeme usted, se lo ruego. Salga, salga pues. Espéreme en el salón. ¡Vamos!

—Angel querido, ¿no tiene, pues, un esposo ningún privilegio? la dijo.

—Pues es de un gusto detestable, señor, sea de un esposo, sea de un marido, sorprender de este modo á su mujer.

Fué hacia ella, la cogió, la estrechó en sus brazos y le dijo:

—Perdóname, mi querida Antonieta; pero me atormentaban el corazón mil sospechas.

—¡Sospechas! ¡ah! ¡vamos!

—Sospechas casi justificadas. Si me amases, ¿me reñirías por lo que he hecho? ¿no hubieses estado contenta al verme? ¿no hubieras sentido no sé que latido en el corazón? Pues yo que no soy mujer, experimento estremecimientos íntimos con el solo sonido de tu voz. El deseo de saltarte al cuello me ha venido frecuentemente en medio del baile.

—¡Ah! si tiene usted sospechas mientras no salte á mi cuello ante todo el mundo, creo que seré sospechada durante toda mi vida; ¡pero al lado de usted. Oteló es un niño!

—¡Ah! dijo Armando desesperado, no soy amado.

—Al menos, convenga usted en que no es amable en este momento.

—¿Aun puedo agradecerle?

—¡Ah! ya lo creo. Vamos, dijo ella con ligero aire imperativo, salga, déjeme. Yo no soy como usted: quiero agradecerle siempre.

Jamás mujer alguna supo, mejor que la señora de Langeais, poner tanta gracia en su impertinencia; ¿y esto no es doblar su afecto? ¿no es enfurecer al hombre más frío? En aquel momento, sus ojos, el sonido de su voz, su actitud atestiguaron una especie de libertad perfecta que no existe nunca en la mujer amante cuando se encuentra ante aquel cuyo solo acento debe hacerla palpar. Instruido por los consejos de Ronquerolles, ayudado además por esa rápida intususepción de que están dotados momentáneamente los seres menos sagaces para la pasión, pero que se halla tan completa en los hombres fuertes, Armando adivinó la terrible verdad que traicionaba el bienestar de la duquesa, y su corazón se llenó de un huracán como un lago dispuesto á agitarse.

—Si decías verdad ayer, sé mía, mi querida Antonienta, exclamó, quiero...

—Primero, le dijo ella rechazándole con fuerza y calma cuando le vió avanzar, no me comprometa usted. Mi camarera podría verle. Respéteme, se lo ruego. La familiaridad es muy buena por la noche, en mi gabinete; pero aquí, no. Además, ¿qué significa ese *quiero*? ¿Quiero? Nadie me ha dicho aún esa palabra. Me parece ridícula, muy ridícula.

—¿No cederá usted, pues, en ese punto? le dijo.

—¡Ah! llama usted punto la libre disposición de nosotras

mismas: un punto muy capital, en efecto; y usted me permitirá ser completamente la dueña en ese punto.

—¿Y si, fiándome de sus promesas, lo exigiese?

—¡Oh! me probaría usted que he cometido el mayor yerro en hacerle la más ligera promesa, no será bastante estúpido para mantenerla, y le rogaría que me dejase tranquila.

Montriveau palideció y quiso lanzarse, pero la duquesa llamó, apareció su camarera, y aquella mujer le dijo sonriendo con gracia burlona:

—Tenga la bondad de volver cuando esté visible.

Armando de Montriveau, sintió entonces toda la dureza de aquella mujer tan fría y cortante como el acero, y que estaba aplastante de desprecio. En un momento había roto lazos que sólo eran fuertes para su amante. La duquesa había leído en la frente de Montriveau, las exigencias secretas de aquella visita, y había juzgado llegado el momento de hacer sentir á aquel soldado imperial que las duquesas podían buenamente prestarse al amor, pero que no se daban, y que su conquista era más difícil que lo había sido la de Europa.

—Señora, dijo Armando, no tengo tiempo para esperar. Soy un niño mimado, usted misma lo ha dicho. Cuando quiera seriamente lo que hablábamos hace un momento, lo tendré.

—¿Lo tendrá? dijo ella con aire altivo al que se mezcló algo de sorpresa.

—Lo tendré.

—¡Ah! me gustaría verlo. Por lo curioso del caso, me encantaría saber cómo se arreglaría usted.....

—Estoy encantado, respondió Montriveau riendo de manera de asustar á la duquesa, de dar un interés á su existencia. ¿Me permite usted que venga á buscarla esta noche para ir al baile?

—Le doy mil gracias, pero el señor de Marsay se le ha adelantado y se lo he prometido.

Montriveau saludó gravemente y se retiró.

—Ronquerolles tiene, pues, razón, pensó; vamos á jugar una partida de ajedrez.

Desde entonces ocultó sus emociones bajo una calma aparente. Ningún hombre es bastante fuerte para poder soportar esos cambios que hacen pasar rápidamente al alma del mayor bien á desgracias supremas. ¿No había vislum-